

Mariano: nos necesitamos». Ese es el lema que está cobrando fuerza en las conversaciones que está manteniendo el nacionalista Iñigo Urkullu con el presidente del PP y que son más frecuentes de lo que ha trascendido. A punto de que se ponga en marcha la cuarentena del contador electoral, todos los líderes políticos se reubican pensando en el día después del 20-N. Y si los sondeos siguen intranquilizando al PSOE en general, no son más alentadores para el PNV, que ya se imagina a sus parlamentarios, en la próxima legislatura, apretados en sus asientos para hacer hueco a Bildu, que tiene muchas posibilidades de llegar con grupo propio.

Hay muchos vascos en la Cámara baja, como todo el mundo sabe. Los hay en el PSOE, en el PP, en la propia UPyD con Rosa Díez en su único escaño. Pero la «voz de Euskadi» que, hasta ahora, la reivindicaba el PNV como propiedad exclusiva, se va a convertir, si las encuestas no yerran, en un trono compartido que el

PNV se resiste a aceptar. De ahí que Urkullu le haya tendido ya al PP la alfombra que va a necesitar si gana las próximas elecciones, porque va a tener que gestionar el final del terrorismo que ha empezado a perfilarse en los últimos meses y, para eso, necesitará ayuda política en Euskadi. Esa es la moneda de cambio de Sabin Etxea.

En estos días en los que ETA está dando a conocer la liquidación por cese del negocio de algunas de sus macabras factorías, los políticos democráticos intentan aguantar en el alambre. Sin dar pasos en falso, sin pasarse de listos, pero sin quedarse cortos y, sobre todo, sin caerse de bruces. En Euskadi se ha producido un paso atrás que no traerá consecuencias inmediatas pero que tiene su importancia de cara al 21-N. Se ha soltado uno de los nudos que amarraban con fuerza el pacto que sostiene el PP para que los socialistas puedan gobernar en Ajuria Enea.

Desde que el lehendakari dejó sobre la tribuna del Parlamento vasco, el pasado jueves, los dos

TONIA ETXARRI

JUEGOS ARRIESGADOS

Basagoiti se siente «traicionado» por el lehendakari, que le ocultó los dos guiños a ETA que contenía su decálogo por la convivencia



guiños a ETA que contenía su decálogo sobre la convivencia, Basagoiti se ha sentido «traicionado». No va a hacer de su decepción un caballo de batalla en esta campaña electoral. Pero el presidente de los populares vascos considera que el lehendakari mantuvo con él una «actitud de deslealtad» al haberle anunciado, tan solo, una parte del decálogo que horas después presentaría ante el Parlamento de Vitoria.

El lehendakari apostó tan fuer-

te la pasada semana que la inclusión de los presos en la campaña electoral le ha provocado ya tensiones con su socio preferente. Se entiende que no avanzara al líder del PP los aspectos más polémicos de su decálogo porque ya sabía de antemano que Basagoiti no iba a estar de acuerdo con que se dieran tantas bazas a ETA en una campaña en la que los socialistas insisten en que los demás no le regalen el protagonismo inmerecido a la izquierda abertzale. ¿En qué

quedamos? Liderar el final de ETA, como pretende el lehendakari, sin romper con el PP tiene sus riesgos. Favorecer a Rubalcaba, que se presenta y lo presentan

Las conversaciones entre Rajoy y Urkullu son más frecuentes de lo que ha trascendido

como el artífice –¿el único?– del actual deterioro de la banda terrorista, ha provocado tensiones que traerán sus consecuencias a la hora de aprobar los Presupuestos del Gobierno de Patxi López. Así están las cosas.

El PP sabe que Rubalcaba resulta vencedor en todas las encuestas en las que se pregunta por su capacidad para gestionar el fin del terrorismo. Por eso, Rajoy, que despacha todos los días con el presidente del PP vasco, le ha trasladado a éste la responsabilidad de asumir la portavocía de su partido en todas las cuestiones relacionadas con la lucha antiterrorista. Y Basagoiti empieza a enviar señales de alarma al lehendakari. No piensa enfrentarse a los socialistas vascos en esta campaña de elecciones generales, pero aguarda a Patxi López a partir del 21 de noviembre.

Lo que más les preocupa a los socios del Gobierno socialista es que el final del terrorismo tenga contrapartidas porque reivindican, como la mayoría de las víctimas de ETA, un final sin premio. En un momento de máxima

tensión electoral como éste, los llamados verificadores, que reconocen su desconocimiento de la situación concreta que atraviesa el terrorismo en Euskadi porque ni somos Irlanda ni tampoco Kosovo y mucho menos Sri Lanka, han aterrizado en el escenario pantanoso de las sospechas de que los movimientos sincronizados entre ellos y ETA acaben por enredar a un Gobierno como el de Zapatero, tan necesitado de presentar en su tarjeta de campaña algún triunfo tan importante como el fin de la violencia.

ETA siempre ha buscado la implicación de la comunidad internacional en su historia. Y ya la tiene. Con estos mediadores que pondrán, desde su desconocimiento, en la misma balanza a un grupo terrorista y al Estado de Derecho. Cabe esperar que los candidatos de esta campaña sean capaces de dejar su traje partidario para aparcar a ETA en esta contienda. Los dos grandes partidos lo prometieron. Los ciudadanos sabrán quién está siendo capaz de cumplir con su palabra y quién no.